

gloria más legítima de los monasterios; y los santos Evangelios, que contenían la palabra de Jesucristo, se encontraban allí llenos de adornos y preciosamente cincelados, como los vasos mismos que contenían su cuerpo y sangre sacratísimos. No se perdonaba sacrificio alguno á fin de enriquecerlos para que pudieran presentarse de una manera digna sobre los altares. La encuadernación era primorosa y cubierta de bajo-relieves y de piedras preciosas; algunas veces la vitela aparecía teñida de color de púrpura y el texto escrito con letras de oro, y casi siempre las iniciales y las miniaturas brillaban por sus variados y bellísimos colores. Un manuscrito era una joya y un rico presente que los príncipes solían hacer á las iglesias ó que los monasterios acostumbraban á dar, como regalo singular, á sus bienhechores.

Esos manuscritos son todavía numerosos, y casi todos ellos tienen una época cierta y conocida; por eso son muy importantes para la historia del arte; en ellos se puede estudiar perfectamente la formación y desarrollo de las escuelas de Oriente y de Occidente. Los manuscritos griegos se han extendido mucho por Italia, y han tenido una gran influencia en la pintura de ese país. Pero los manuscritos italianos conservan el estilo de las pinturas de las catacumbas y de los mosaicos y preparan la escuela de Giotto. Tienen también alguna semejanza con los manuscritos franceses, sobre todo en la época carlovingia. Carlo Magno llevó de Roma, juntamente con las bendiciones del

Papa, las fecundas semillas que hicieron florecer sobre el suelo francés las ciencias y las artes. Los manuscritos bizantinos parecían haber sido también estudiados por los escultores de Francia de los siglos XI y XII, toda vez que imitaron con frecuencia su estilo y los grandes tapices.

En los manuscritos fué, sobre todo, donde se formó y perfeccionó la iconografía cristiana, porque al traducir los monjes el texto sagrado, se ejercitaban al mismo tiempo sus manos en hacer la traducción en imágenes y en figuras. Explicaban y representaban las escenas de la sagrada Escritura, y poco á poco iban creando nuevos tipos y modelos de una perfecta ortodoxia; multiplicaban los símbolos, siguiendo los comentarios de los Santos Padres; relacionaban los pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, y figuraban cerca de cada versículo el sentido histórico, tropológico y anagógico, abrazando así lo pasado, el presente y el porvenir. Nada hay bajo este punto de vista más admirable y sorprendente que las Biblias de la Edad Media, explicadas según su sentido moral. Algunas de ellas comprenden muchos volúmenes en folio, y cada página de las mismas contiene más de veinte miniaturas. Generaciones enteras de artistas se ocupaban en esa clase de obras, y hay alguna de ellas para cuya ejecución se ha empleado todo un siglo, á juzgar por los detalles de costumbres y de arquitectura con que se diferencian las primeras miniaturas de las últimas que hay en ellas. El pueblo tenía también su parte en este patrimonio artístico. Al-

gunas veces se ponían colgados en las iglesias manuscritos en su estilo y según su costumbre, y los pintores les ponían orlas en forma de cuadros, que luego se vendían á las puertas de los santuarios célebres, y que tomaban los peregrinos y llevaban consigo como recuerdo de los favores que habían alcanzado. Mas el arte cristiano, que tiene por misión principal el evangelizar á los pobres, fué en ese punto muy fiel por la invención del grabado, que puso al alcance de todos la relación y enseñanza de los manuscritos.

Se disputan Italia y Alemania la invención del grabado; pero en caso, no puede haber cuestión más que sobre el número y multiplicación de las imágenes grabadas, porque el trabajo de grabado ha existido y se ha ejecutado en todos los pueblos. Se hacían grabados en relieve y en hueco lo mismo entre romanos y griegos que entre los egipcios y orientales, y se hacía uso de moldes y marcos para sacar impresos é imágenes, para formar figuras en los vidrios y porcelanas y también para marcar y dar colorido á las telas. El buril trazaba en el cobre y en el acero modelos, diseños y figuras que hubieran podido muy bien admitir la tinta de la imprenta y reproducirse fielmente sobre el papel ó sobre el pergamino. Sería muy difícil el determinar y decidir quién fué el primer inventor y autor de esa clase de trabajos; pero lo que nadie podrá negar es que el grabado, tal como nosotros le conocemos y tenemos al presente, es una inspiración cristiana, y que se ha empleado, ante todo y sobre to-

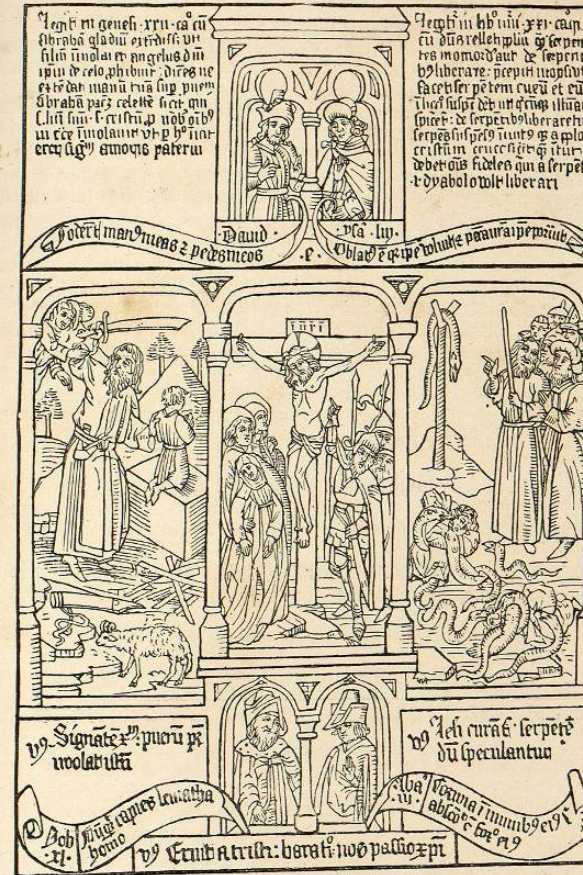


Lámina 166.—Facsimile de grabados en madera de la *Biblia de los pobres*, libro popular del siglo XV.—En medio se ve la crucifixión de Jesucristo; á derecha é izquierda, los acontecimientos del Antiguo Testamento que la figuraron, que son el sacrificio de Isaac y la serpiente en bronce; arriba y abajo, David é Isaías, Job y Abraham, teniendo textos referentes á la Pasión del Salvador.

do, en la reproducción de imágenes santas y objetos de religión.

Quando se empleó el grabado sobre madera en formar

imágenes para la devoción popular, se propuso ejecutar libros grabados que con frecuencia eran la reproducción de los manuscritos antiguos, y fueron realmente el origen verdadero de la imprenta, puesto que esta invención, tan célebre en la historia, consistía únicamente en reemplazar con caracteres y tipos móviles las letras fijas de las planchas xilográficas. El estudio de los primeros libros grabados demuestra claramente que estaban destinados á enseñar la religión por medio de imágenes, y con ellos se ponía el arte y la ciencia de los manuscritos al alcance del pueblo y se daban nociones á los niños acerca del simbolismo cristiano. Esos catecismos, esas letras A, B, C, D, que todos leían tan fácilmente, encierran ahora grandes arcanos para los arqueólogos más hábiles, que se ven obligados á descifrar los textos para comprender aquellas figuras y sus relaciones (*láms.* 166 y 167).

PROGRESO Y GRANDEZA DEL ARTE CRISTIANO

Carlo-Magno. — San Luis. — Nicolás V

Hay que reconocer una verdad fundamental é incontrastable en el arte cristiano, afirmando que Roma es su centro y su fuente, lo mismo que es la fuente y el centro de la ortodoxia. Roma ha enviado sus artistas y sus misioneros á todos los contornos de Europa, y las obras maestras y los santos que en esos países se ven deben contarse entre las glorias de la Iglesia

Madre. Ni sirve oponer Constantinopla á Roma, porque un examen serio y completo del arte bizantino demostrará que éste no ha tenido en Occidente la influencia que se le quiere atribuir, y, sobre todo, que no ha sido el maestro y modelo de las escuelas latinas. Desde luégo no puede negarse que su origen es romano.

Cuando el emperador Constantino dejó providencialmente al sucesor de Pedro la Ciudad Eterna, no encontró en las riberas del Bósforo los artistas que habían de construir y embellecer su capital, y los condujo de Italia, y fueron los mismos arquitectos que edificaron las grandes basílicas de Letrán, de San Pablo, de San Lorenzo, y las de Santa Sofía, de Santa Irene y de los doce Apóstoles. El poder y riqueza de los emperadores de Oriente multiplicaron los monumentos y dieron al arte un gran impulso; pero no le perfeccionaron, sino que, al contrario, su lujo inaudito y bárbaro fué más bien la causa de una decadencia rápida. Los griegos de Bizancio hicieron obras ricas, en vez de hacerlas bellas, defecto que se censuraba ya en uno de sus antepasados.

Su arquitectura en nada recuerda las obras maestras de Atenas; su escultura es rara y sin valor alguno; su pintura es notable solamente por sus formas hieráticas y por sus líneas severas; pero en sus mosaicos y en sus cuadros se encuentran todavía los defectos que recuerdan la facundia de sus oradores y la exuberancia de su liturgia. Sus manuscritos son preciosos y